

Nota editorial

La Problemática de las Universidades Católicas de Iberoamérica frente a la situación de la cultura actual

Fr. Dr. Aníbal Fosbery, O. P.

FASTA

El desafío que los tiempos imponen al cumplimiento de nuestra vocación como Universidades Católicas es de tal envergadura que compromete una respuesta no meramente estructural u organizativa sino que mire, primariamente, a una toma de conciencia espiritual: se trata de lograr, a partir de una honda conversión interior, instaurar cauces institucionales que aspiren a transformar el ritmo disociador que gravita sobre el tono vital de nuestra cultura.

Y frente a este empeño, nos encontramos con una primera actitud negativa: el escepticismo cuya formulación más “optimista”, si cabe el término en la paradoja, sería el relativismo que, mal interpretado conduce a las formas equívocas de un pluralismo disociador o de una dialéctica de contradictorios que en todos los casos precipitan en formas deshumanizantes o totalitarias del hecho cultural.

Se hace por lo tanto imprescindible para el cumplimiento de nuestra misión, proponernos un objetivo: rescatar al hombre del peso de una cultura materialista que quebranta su conducta y su psicología. Es decir, el primer intento para salir de este escepticismo es el de espiritualizar la cultura.

El modernismo, del que somos subsidiarios, elaboró una filosofía del progreso entendido como el desarrollo del poder. Sólo con el poder el hombre ha podido dominar, no simplemente interpretar la naturaleza. Es por este camino donde se encuentra la felicidad. Así lo expresaba Aldous Huxley:

Saber es poder y por una paradoja aparente, ocurre ahora que son los científicos y los técnicos los cuales gracias a su saber de cuanto pasa en el mundo no vivido de abstracciones y de deducciones, han adquirido este poder inmenso y creciente que les pertenece: dirigen y modifican el mundo en el cual los hombres tienen la obligación y el privilegio de vivir.

Un hecho quiero destacar porque me parece importante como fundamento para entender esta filosofía del “optimismo positivista del progreso”: ha habido un cambio en las posibilidades de llegar a conocer la verdad y tener certeza de ella.

Antes el hombre tenía dos fuentes o vertientes de certeza que fundamentaban su axiología moral: el orden de la naturaleza, que manifestaba a su modo la ley de Dios, y la revelación, que Dios había dado a los hombres para que no equivocaran su camino y llegaran a la salvación. Esta revelación se fundaba en la Palabra de Dios y se nos transmitía por la Iglesia. A partir de estas verdades, el hombre aspiraba, no a dominar y transformar la naturaleza, sino, lo que era más importante, a interpretar la vida: su vida. No a encontrar el progreso y la felicidad aquí en la tierra, sino a salvarse y llegar a la vida eterna.

Ahora, ya estas certezas no cuentan. Sólo interesan aquellas verdades físico-matemáticas donde se puede fundar el desarrollo técnico y científico de la humanidad. Este progreso funda la única felicidad posible:

Estos hombres (los del siglo XVIII) eran unos excelentes publicistas. Veían con claridad y escribían con claridad: y prescindían de lo que no veían. La metafísica era una verdadera tontería, la fe religiosa era una superstición y el misterio una confusión. La época se abría y se extendía ante los ojos del filósofo científico y a la acción del tecnólogo científico. Todo lo que se requería era volver a los hombres razonables mediante la educación y el gobierno ilustrado y liberar su mente de la superstición y el prejuicio.

Así la combinación del racionalismo cartesiano, la física de Newton y el empirismo de Locke produjeron un compuesto enormemente explosivo que, estallando en la segunda mitad del siglo XVII casi destruyó el triple orden tradicional de la cristiandad: la Iglesia, el Estado y el Studium (Dawson 1962: 57).

La cultura resultante se va haciendo cada vez más materialista y atea. Al principio sólo se separa de Dios, después lo niega. La praxis o acción es el único objetivo claro que tiene el hombre moderno para su realización. Pero, al desaparecer las certezas morales o religiosas sobre las que el cristianismo había fundado una axiología de la acción, ¿quién podría decir ahora lo que había o no que hacer? No quedaba otra salida: o el poder despótico del Estado, donde se fundaba la máxima eticidad social (Hegel) o el despotismo de las mayorías, donde se quería fundar una ficción de libertad (Rousseau).

El marxismo haría coincidir el Estado con el partido y el partido con la “mayoría” (Democracia popular), destrozando lo poco que quedaba de aquella clásica trilogía: Estado-Iglesia-Studium. La dialéctica de la praxis, derecha versus izquierda, comenzaría a actuar como un germen disociador de todo el orden social y cultural. El hombre de la modernidad quiso rescatar la libertad escapando al despotismo de las monarquías. Terminó, triste historia al fin, esclavo de las asambleas y de las ideologías.

Esto es el fruto de haber perdido el verdadero sentido de la cultura por el influjo de una filosofía de la acción que ha generado los más crudos imperialismos ideológicos, económicos y políticos. Llegamos a nuestra época y nos encontramos con que los problemas son tan agudos y graves que casi nos hacen desesperar frente a la posibilidad de encontrar una respuesta que, basada en el diálogo, ayude a la unidad y la paz entre los hombres.

Jean Paul Sastre, en 1966, decía y los estamos viendo: “Hacerse oír no es atraer simpatía. Es esparcir el terror. La filosofía del mañana será terrorista. No filosofía del terrorismo sino filosofía terrorista ligada a una práctica política del terrorismo”.

Toda la humanidad está viviendo este momento. También nosotros lo hemos sufrido. ¿Qué hacer?

En primer lugar, la Universidad Católica tiene, institucionalmente, que tener y ofrecer sus convicciones. Al escepticismo que la visión del mundo y nuestra propia experiencia ha engendrado en nuestro espíritu, hay que oponer un idealismo fundado en la fuerza de nuestras convicciones.

Romano Guardini cuenta, que terminada la última guerra y frente al espectáculo de una Alemania devastada, destruida y ocupada, él y un grupo de amigos se reunían en la ciudad de Tubinga y se habían propuesto volver a empezar sencillamente nombrando y rescatando poco a poco la verdad y el bien de las cosas pero no en la dimensión de las grandes empresas sino en la realidad doméstica donde se realiza y configura, día a día, nuestra vida.

Este idealismo supo volver a creer en la existencia del bien y de la verdad como realidades autónomas que existen antes que yo y fuera de mí.

Son valores autónomos. Están presentes. Debo descubrirlos y acatarlos. El hombre nunca es más libre que cuando se somete, libremente, al bien y a la verdad. Este idealismo nos rescatará del materialismo psicológico en que nos ha sumido la cultura contemporánea, en base a hacernos creer que el poder y el disfrute son las únicas finalidades a las que el hombre debe ordenarse por los caminos de la acción y la eficiencia.

Insisto: creer en el bien y la verdad de cada día.

Existen: están presentes.

Representarlos: algo así como volver a presentárnoslo día a día.

Como Uds. Pueden apreciar, aquí hay una primera certeza que no es física ni matemática. La fuerza de la certeza moral a la que nuevamente hay que vigorizar y resucitar, para que a partir de allí el hombre pueda llegar a la posesión de los valores trascendentes y superiores que le ayuden a bien vivir e interpretar y dar sentido a la vida.

En segundo lugar, debemos convencernos que este intento de espiritualización no es una utopía. Aspiramos a que nuestras instituciones ofrezcan el bien de la verdad. Hay aquí la fuerza de una obligación moral, tan verdadera y tan vigente como el no matar o el no robar. Debe ser este un como supremo objetivo ético de nuestra conciencia.

En tercer lugar, hay que salvaguardar a nuestras universidades del espíritu contencioso que generan las falsas dialécticas. De modo especial, hay que salvaguardarlas de la dialéctica de la derecha versus la izquierda. Este moderno maniqueísmo ha logrado destruir el principio de paz y de unidad indispensable para el cumplimiento de la misión que se nos confía. Mucho más grave aún cuando este enfrentamiento se introduce en el seno mismo de la Iglesia:

Se constituye una cierta polaridad con frecuencia irreductible, en ciertos excesos de la misma, que se manifiesta en diversos campos con una inmadurez superficial o una obstinación contumaz: en definitiva, una sordera amarga ante los llamamientos al sano equilibrio, conciliador de las tensiones, emanados de la gran lección llamada Concilio (Pablo VI, Alocución consistorial del 24/05/76).

Esta perspectiva compromete, como ya lo he expresado, las conductas interiores del espíritu, en el orden individual y también comunitario. Suponen una conversión. Desde aquí podemos tratar de hacer un análisis más particular de la problemática universitaria. Pero insisto, es imprescindible la toma de conciencia de este valor espiritual.

Respecto a definir los problemas concretos que nuestras instituciones deben tomar en consideración, nos parecen muy importantes, las conclusiones a las que se llegara con motivo del XII Congreso Universitario Internacional “UNIV ‘80”, que tuvo lugar en la ciudad de Roma entre los días 28 de marzo y el 5 de abril de ese año, sobre la temática general de: “*La presencia del fin del hombre en el futuro de la Universidad*”.

Del procesamiento de los datos logrados en una serie de encuestas realizadas tanto en las universidades católicas, privadas y estatales, de diversos países, se proponen las siguientes conclusiones que paso a enumerar:

1) El universitario tipo y su vida universitaria podrían enumerarse en los siguientes puntos:

- La relación profesor-alumno, aún en aquellas universidades que se ocupan del tema, es escasa.
- La vida universitaria en el mejor de los casos, se reduce exclusivamente al deporte.
- El método de estudio generalizado es individual en extremo.
- El ideal que mueve al universitario es la sola obtención del título y el status económico y social que pueda aportarle el mismo, y, en minorías excepcionales, la preocupación de ayudar a los demás cargada de una gran cuota de idealismo.
- Carencia total de ideales que lleven a tomar un compromiso profundo y serio.
- En general, se percibe un deterioro del concepto de hombre.
- Falta de solidaridad concreta; la vida universitaria se ve enmarcada en el más absoluto egoísmo.
- Desprecio marcado por utilizar la inteligencia para la consecución acabada de la verdad.
- Menosprecio y evasión de todo lo que comporte trabajo y sacrificio, por la notoria dependencia de los tópicos y de las conductas fáciles y, por tanto, vacías.

2) El universitario es un mero usuario de esta problemática que le viene impuesta, aunque sin eximirlo de su responsabilidad. Podemos buscar la raíz de esta situación en el profesor.

3) Nos parece oportuno, por tanto, incluir la semblanza y descripción del profesor tipo, evidenciada por los relevamientos realizados en el ámbito universitario. Cabe reiterar que estas generalizaciones no pretenden obviar aquellas excepciones que

escapan a nuestro análisis, sino más bien evidenciar un problema que se encuentra generalizado bajo distintos matices, en toda universidad del mundo.

4) Este profesor del que hablamos presenta, bajo el punto de vista que interesa a nuestra investigación, las siguientes peculiaridades:

- Falta de compromiso con la verdad. Toda la actividad docente se ve imbuida de un marco de subjetivismo filosófico e histórico y, en este aspecto, entremezclado con un materialismo exacerbado, encontrándonos que nadie siquiera habla de la verdad en cuanto tal, ni como fundamento, ni como meta.
- Los profesores no hacen escuela, y si la hacen, es por motivos exclusivamente ideológico-políticos. Esta doctrina del “*laissez faire*”, de “vive y deja vivir”, no se presenta como un liberalismo ideológico, sino tan sólo como un mero y cobarde no enfrentarse con la verdad.
- Todos los científicos, y en especial los humanistas, a la hora de sus exposiciones, por falta de convicción y, en ocasiones, por comodidad, plantean una disyuntiva entre ciencia y fe.
- Esto lo reciben los distintos países de los filósofos europeos cargados de un inmanentismo superficial. Europa, una vez más, exporta lo peor, cortando así el progreso intelectual de las demás naciones.

5) La causa de todo este proceso –cuyos orígenes podemos ubicar en la crisis universitaria de Francia de 1960, o la generalizada en Europa en 1968, en la que se aprecian profundos y marcados sincretismos alrededor del pensamiento de Marx, Freud, Marcuse, etc., la encontramos en el alejamiento de la concepción profunda del hombre.

6) Otros de los caracteres esenciales de este proceso es la mal entendida libertad, por la cual se tiende a la autodestrucción: “Sé que estoy equivocado, pero déjenme equivocarme solo”. Este es el mayor mal que se presenta, pues hace de barrera a todo lo que sea un valor profundo y absoluto.

7) La universidad y sus instituciones conducen a la indiferencia religiosa. La religión es considerada una realidad, pero sólo en cuanto fenómeno social, producto de la interacción humana. Se encuentran en la actualidad estudiantes que, congraciados con las palabras del actual Papa, exteriorizan su indiferencia inmanentista diciendo que “son muy buenas las cosas que dice el Papa, pero yo pienso y actúo de diferente forma”.

8) Si uno es un cristiano coherente se le admira, pues con la seguridad de sus convicciones disuelve todo intento de relativismo o indiferentismo que se presente a su paso.

9) Se percibe claramente la falta de enseñanza religiosa, especialmente en los ámbitos universitarios: si un profesional, inmerso en las realidades universitarias, sirviese de foco difusor de la doctrina cristiana, presentaría de modo natural, personalizado y encarnado, el ideal cristiano, que atacaría la concepción actual del universitario de que el cristianismo es un mito más con el que no existe compromiso alguno.

10) Ha faltado una corriente filosófica seria que haga la diferenciación tajante entre subjetivismo y subjetividad.

11) El cristianismo puede presentarse como una posibilidad más, pero debe oponerse rotundamente a todo inmanentismo conformista sin admitir transigencia alguna, pues debe declarar abiertamente que lo suyo es la verdad. La verdad del cristianismo realista, hace nacer a su alrededor una nueva corriente cargada de ideales nobles, que justifican una vida de lucha por mejorarse y mejorar a los que nos rodean, alejada de todo conformismo.

12) A la noción deformada del estudio universitario-fruto de una excesiva maduración de la cultura científicista y tecnocrática, traducida en la fragmentación del saber que aleja de la realidad al reducirla a un montón de partes sin su referencia unificante al destino del hombre-, hay que contraponer una noción más rica, más densa, de humanidad. Esta noción ha de derivarse en una concepción de la vida que permita a los estudiantes y profesores valorar

la necesidad de integrar el propio empeño investigador y de estudio en un saber de dimensiones más generales; de otro modo, al hacer ciencia y cultura, se arriesgará a perder la noción de su propio ser, en el sentido pleno y completo de su propia existencia. (Juan Pablo II, Discurso al UNIV'80).

Así les permitirá afrontar el propio futuro con un bagaje cultural y humano capaz de satisfacer las exigencias del fin último del hombre.

13) Las repercusiones de esta imagen de la existencia humana en el estudio son evidentes. Ante todo, el estudio debe, junto a la transmisión del saber, facilitar la formación completa de la personalidad de los estudiantes, con la fuerza de la inteligencia, con el testimonio de una vida coherente, con la profundidad de las relaciones personales y auténticas.

A pesar de los años transcurridos, no podemos afirmar que la situación descrita haya variado en nuestra Iberoamérica. La universidad en general, y las católicas o de inspiración católica, deben reformular seriamente su aporte a la sociedad y a la cultura de nuestros países.

BIBLIOGRAFÍA

Dawson, Christopher (1962). *La crisis de la educación occidental*. Madrid: Rialp.

Juan Pablo II (1980). “Discurso al XII Congreso Universitario Internacional UNIV’80”. Roma, 28 de marzo al 5 de abril de 1980.

Pablo VI (1976). Alocución consistorial del 24 de mayo de 1976.

XII Congreso Universitario Internacional UNIV ‘80. *Conclusiones: “La presencia del fin del hombre en el futuro de la Universidad”*. Roma, 28 de marzo al 5 de abril de 1980.